

CAPITULO XXXVI.

COMBATE FRATRICIDA.

Cuando el grupo de amotinados, casi todos sin armas, se presentó ante el palacio de Cristina; cuando osó invadirle, en cuya atrevida empresa, como ya hemos dicho, tomaron la iniciativa las célebres *manolas*, arrojadas como en el glorioso *dos de mayo*, siempre que se trata de vindicar el honor nacional; cuando todos vieron que la tropa, lejos de imitar el denuedo de aquellos valientes veteranos que en defensa del emperador de los franceses, esclamaban: *la garde meurt; elle ne se rend pas*; lejos de tomar por modelo á los bizarros alabarderos que en el año 1841 salvaron el trono de la brusca acometida con que los hombres de la *moderacion* intentaron á sangre y fuego invadir la régia estancia; lejos de aparentar la mas leve resistencia, abandonaron el puesto como respetando y aun aprobando el furor popular, entre los aplausos y vítores de la inmensa multitud, multitud inerme, que en su mayor parte se componia de curiosos de todas las clases de la sociedad ma-

drileña, y que aunque inofensiva simpatizaba con los que reducian á cenizas el rico mobiliario del palacio ducal, tenia fundamento sobrado para creerse á cubierto de toda hostilidad de parte de la fuerza armada, que acababa de dejar el paso libre á los invasores del palacio de Muñoz.

Pero cuando mas distraida estaba esta inocente muchedumbre, sin prévia intimacion alguna, vino una fatal descarga, como hemos dicho en otro capitulo, á sacarla de su error; y los que no cayeron víctimas de tan negra traicion, apelaron á la fuga por la encrucijada de calles que desembocan en la plaza de los Ministerios.

Muchos de los fugitivos, que acaso no habian albergado hasta entonces intenciones de lanzarse á la liza, propusiéronse á impulsos de tan inhumana provocacion, no dejar impune aquel cobarde atentado, y mientras el que habia dado la voz de *fuego* recreaba su vista con la sangre madrileña que habia hecho derramar, apresuráronse á levantar barricadas en las muchas calles que van á parar á la plaza de Santo Domingo, por si el héroe de tan memorable hazaña trataba de reproducirla en otras partes.

No era otra su intencion, pues reforzando su columna formada de cazadores de Baza, con las fuerzas que se habian separado del palacio de Cristina, avanzó hácia la indicada plazuela de Santo Domingo, donde ya no fusiló al pueblo impunemente.

Comenzada la sangrienta lucha de la manera villana y traidora que acabamos de narrar, á consecuencia sin duda alguna de órdenes emanadas de la infame camarilla, convirtióse en breve todo Madrid en campo de batalla.

La pelea era entre españoles, entre hermanos.
Corrió sangre en abundancia, sangre preciosa, sangre de va-

lientes, y los que eran causa de que esta sangre se vertiera, estaban ocultos en el régio alcázar esperando el triunfo para completar su venganza.

¡Ay del pueblo si hubieran triunfado sus opresores!

¡Cuántos ciudadanos beneméritos hubieran perecido en el cadalso!

El brigadier Pons, nombrado por Córdoba, era gobernador de Madrid en tan aciagos momentos.

Esto es muy elocuente, si se reparan los principios y antecedentes de Pons, que habia servido en las filas carlistas, conocido por el apodo de Bep ó Pep del Oli.

Hé aquí el retrato que hace de este digno personage don Antonio Ribot y Fontseré, que como escritor barcelonés, estaba perfectamente enterado de los espantosos sucesos que hacen la *digna apología* del hombre á quien se habia confiado el gobierno de Madrid.

«Pep del Oli, dice, era uno de aquellos cabecillas desalmados que acaudillaban hordas de facinerosos, y que acostumbrados á una vida beduina, se vieron sometidos por el famoso Carlos España, cuando este tomó en Cataluña el mando del ejército carlista, á las leyes de la disciplina y á las ordenanzas de las tropas regulares.

Aguardó Pep del Oli largo tiempo la ocasion de sacudir el yugo de una obediencia á que no podia habituarse su espíritu discolo y turbulento.

Nombrado por la junta gobernador de Berga, Carlos España le quitó este cargo y le dió el mando de una division, pero él preferia á la agitacion y zozobras del campamento la vida cómoda y regalada de la ciudad.

El orden que Carlos España habia introducido, no gustaba tam-

poco á la junta carlista, cuya influencia llegó á neutralizar, reduciendo á sus individuos, que eran casi todos curas, y de consiguiente ambiciosos de mando, á intrigar contra él de una manera indirecta, que fué sin embargo, suficiente para minar la confianza que inspiraba en general á los suyos.

Conocia Carlos España estos medios cabalísticos, pero los despreciaba y no debia haberlo hecho.

En 1839 el Pretendiente se vió obligado á abandonar el territorio español, y cuando llegó á Cataluña esta noticia, España, temiendo la impresion que podia producir, hizo todo lo posible para que no decayese el entusiasmo de su gente.

Creyó que conseguiria los mismos resultados que se obtuvieron en la guerra de la Independencia, acordando el poder y la autoridad real á las juntas provinciales durante el cautiverio del monarca, por lo que declaró soberana la junta de gobierno de que él era presidente.

Esta resolucion le costó la vida.

Sabido es que hallándose fuera el presidente, puede legalmente reunirse una junta bajo la presidencia de un vice-presidente, y que la mayoría absoluta tiene fuerza de ley.

El primer acto decretado en una sesion secreta fué el alejamiento y destitucion de Carlos España; pero temiendo los de la junta la oposicion de las tropas adictas á su gefe, no se atrevieron á dar publicidad á semejante decreto, por lo que idearon un medio inicuo y traidor, que por mas que haya servido para librar á la humanidad de un mónstruo que se alimentó con su sangre, no puede merecer la aprobacion de ningun hombre honrado.

En dia determinado se reunieron en Aviá muchos cabecillas descontentos.

Después de haberse procurado los instrumentos de su venganza, los miembros de la junta, presididos por el vice-presidente don Jacinto Orteu, mandaron á su secretario Narciso Ferrer, que escribiese á Carlos España, que se hallaba á la sazón en Berga, que asuntos de la mayor importancia exigían su presencia, por lo que se le suplicaba presidiese la sesión.

Acompañado de algunos caballos, de unos cuantos mozos de la escuadra y del ayudante de campo Luis de Adell, Carlos España pasó inmediatamente á Aviá, donde fué recibido por algunos miembros de la junta con las acostumbradas muestras de respeto.

Apenas entró en la sala de las sesiones, uno de los vocales y el intendente del ejército, don Gaspar de Labandero, hijo del ex-ministro de Hacienda, salieron al encuentro del ayudante de campo, y le enviaron á Berga de parte del general para el desempeño de una comision.

En seguida comprometieron al cabo de mozos de la escuadra á que fuese á comer con su gente en una casa vecina, pues el general había determinado comer con los señores de la junta.

Uno de los privilegios de los cabos de mozos, consistía en no recibir órdenes mas que del general en persona, por lo que el que mandaba la escolta que allí había, rehusó obedecer las órdenes de Labandero.

Pero á la observacion que este hizo con hipócrita sencillez, diciendo que era muy bochornoso para el primer empleado de Hacienda de la provincia, inspirar tan poca confianza, y que si alguno dudaba de la legitimidad de la orden, podía subir y tomarla del mismo general, se tranquilizaron todos los mozos, y el cabo se retiró con ellos.

Cuando se hubo alejado esta parte de la pequeña escolta, los gen-

darmes de la junta, que estaban á disposicion de esta en calidad de mensajeros, se arrojaron contra las cuatro ordenanzas de caballería del general, y las amarraron reciamente.

Mientras esto pasaba con suma rapidez, el general entraba muy tranquilo en la sala de sesiones.

Llevaba aquel día un sobretodo militar azul, sin mas insignias que una cruz bordada en el pecho, el sombrero de general, el sable y el baston de mando.

Apoyado contra el baston, que lo tenia bastante inclinado hácia atrás, permaneció en pié delante de la chimenea, solo en medio de catorce conjurados, que llevaban todos pistolas y puñales ocultos debajo de los vestidos.

Muchos minutos trascurrieron sin que nadie se atreviese á poner en él la mano, hasta que Pep del Oli se adelantó, dió un empujon al baston en que España se apoyaba, y con otro que dió al general al mismo tiempo, consiguió derribarlo.

Entonces todos se arrojaron contra España, como aves de rapina, le arrebataron el sable, y le sujetaron como á un facineroso. En este estado se hallaba cuando leyó Ferrer el decreto que le privaba de todos sus cargos.

España quiso ver la orden de don Carlos, único á quien queria someterse, y juró que si no se la mostraban, les haria ahorcar á todos.

Impusieronle silencio, y Ferrer le significó que él y Pep del Oli iban á trasladarle á la frontera de Francia.

Luego, amarrado como estaba, le encerraron en un cuarto oscuro, donde se revolcaba, lanzando rugidos de impotente furor.

A su ayudante de campo le prendieron y encarcelaron tambien cuando volvió de Berga.

A la siguiente noche sacaron á España de su encierro, le colocaron en un asno, y Ferrer y Pep del Oli con una escolta de veinte hombres, le condujeron por sendas casi impracticables hácia los desiertos de la Sierra.

Se les unieron en el camino muy alegres muchos individuos de la junta, y á mas, segun dice Goben, escritor extranjero, que se hallaba á la sazón en Cataluña y que ha escrito las memorias de cuatro años de guerra civil en España, se hallaban allí presentes Porredon y Mariano Orteu, uno de los ayudantes de campo del general.

Se asegura que Orteu le disparó un pistoletazo, cuando él estaba persuadido de que se le acercaba para auxiliárle, y le llamaba con voz moribunda.

Después de tres dias de una marcha forzada en que á España solo le dieron los alimentos indispensables para conservar su existencia, que querian hacérsela perder entre horrores inauditos, se detuvieron sus asesinos en el *Paso de los tres puentes*.

Para aumentar sus padecimientos no le alimentaron mas que de sustancias saladas, que le acarrearón una sed abrasadora; el desgraciado no pudiéndola resistir y viendo á sus piés las cristalinas linfas del Segre, pedia por piedad que le diesen un poco de agua, y la negativa de sus verdugos le hizo prorrumper en gritos de desesperacion.

Mayor escarmiento no podia reservar el cielo al mónstruo cuyas únicas delicias habian sido durante toda su vida los dolores de la humanidad.

El Segre es el rio sobre el cual destruyó Anibal el primer puente.

Encajado entre enormes masas de granito que forman en mu-

chos puntos arcos encima de él, presenta una senda interminable y tortuosa, que tan pronto deja el rio á la derecha como le deja á la izquierda.

Algunas veces pasa por encima de arcadas atrevidas, cuyas colosales piedras revelan su origen romano.

La tortuosidad de sus caprichosas orillas engaña con frecuencia al viajero, que á menudo tarda mucho en alcanzar los objetos que ve mas cercanos.

La comitiva de Cárlos España anunció á este, á mas del género de muerte que le estaba reservado, el punto de ejecucion, que si bien parecia muy inmediato, no se llegaba á él sino después de una marcha bastante larga, por lo que fué muy prolongada su agonía.

El Segre tiene tres puentes: del primero, segun una antigua leyenda, los condes de Barcelona, estando en guerra con los de Castilla, arrojaron al abismo algunos espías que intentaron penetrar en el pais, por cuya razon le llaman *Puente de los Espías*.

Distá una legua del segundo, conocido con el nombre de *Puente del Diablo*, el cual se compone de dos puentes sobrepuestos.

El inferior es peligroso y mal construido; el de encima es espacioso y sólido, por lo que se dice que el diablo construyó el primero para precipitar á los cristianos que se atrevían á pasarlo, y que un santo ermitaño alcanzó de la Virgen de Monserrate que construyese el segundo inaccesible al poder de los siglos.

El tercer puente no es mas que un monton de ruinas; fué destruido cuando la guerra de Sucesion junto con el castillo que lo defendia.

Todos estos puentes fueron indicados á Cárlos España uno tras otro como puntos en que debía sufrir la muerte.

¿Qué otro castigo le hubiera dado, si hubiese podido resucitar